

las ideas y los pueblos están en sazón para producir un cambio, acontece que los príncipes son los llamados á iniciar el desarrollo.

Enciéñese nueva guerra entre Francia y España, á causa de la decapitación ejecutada por Francisco Esforcia en el enviado de Francia á Milan. Carlos V, que volvía triunfante de su expedición de Africa, fue batido en Provenza y Picardía.

Enrique llegó á ser delfín por la muerte de Francisco, su hermano mayor, envenenado. Los anabaptistas tuvieron que dispersarse por el suplicio de Juan de Leide, en Munster (1536). Carlos V fue citado en el tribunal de los Pares de Francia, como vasallo rebelde, así como anteriormente lo había sido el príncipe Negro; ridícula reminiscencia de los derechos caducos de la monarquía feudal (1537).

Carlos V atravesó la Francia (1539) para ir á apaciguar las revoluciones ocurridas en aquella ciudad de Gante, cuna de tribunos y asilo de reyes.

La ordenanza de Villers-Coteret (1536) decretó la abreviación de los procesos; que los tribunales eclesiásticos no invadiesen la jurisdicción ordinaria, y que se hiciera en el idioma común la redacción de las actas públicas. Es de admirar que este reglamento no se hubiera dado más anticipadamente: era necesario entender bien la lengua, que no comenzó á estar coordinada, para ser convenientemente inteligible, hasta el reinado de Francisco I. Si, desde el año de 1281 el emperador Rodolfo obligó á escribir las actas imperiales en lengua vulgar, fue porque el alemán era una lengua madre, hablada en todos tiempos por un pueblo que la entendía. La lengua francesa no era más que un dialecto, originario principalmente de las lenguas romana y latina. Algunos siglos corrieron antes que llegara á ser lengua general en toda la extensión de la monarquía. Eduardo III pudo prohibir el uso de la jerga normanda en los tribunales de Inglaterra, porque detrás de aquella jerga encontró el inglés, ó el bajo alemán conservado por los sajones conquistados.

El precedimiento criminal, que llegó á hacerse público, dejó de serlo bajo el canciller Poyet.

Comienzan desde esta época á figurar ciertos nombres famosos en los reinados sucesivos: el cardenal de Lorraine y su hermano, el primer duque de Guisa, el condestable Anne de Montmorency y Catalina de Médicis (1540).

Francisco I entabló nuevas relaciones exteriores. Envió embajadores á Soliman II á Constantinopla, y los recibió de Gustavo Wasa, rey de Suecia. Este príncipe, célebre por su valor y sus aventuras, hizo luterana á la Suecia, y fue el jefe militar de los protestantes (1542).

En 1544 tuvo lugar la batalla de Cérsoles, ganada por los franceses.

En 1643 ocurrieron las primeras exterminaciones, resultado de las guerras de religión en Francia, y la ejecución, si así puede decirse, de las ciudades hugonotes de la Brieres y de Méridol.

Murieron Lutero y Enrique VIII, que eran los jefes del cisma; el primero en 1546, y el segundo en 1547. Francisco I, que comenzó la persecución contra los hugonotes, siguió dos años después á la tumba al tirano de las libertades políticas y al fundador de las libertades religiosas de Inglaterra (1.º de marzo de 1547).

Carlos V permaneció nueve años en la tierra después de su rival. Abdicó en 1556, se retiró al monasterio de San Yuste, en Extremadura, y celebró en vida sus propios funerales. Envuelto en un sudario, y recostado en un ataúd, cantó desde el fondo de su tumba el oficio de los muertos que los religiosos celebraban á su alrededor: «Este era el hombre por quien, como dice Montesquieu, extendió el mundo sus límites, ó más bien dicho, se vio aparecer un mundo nuevo.» Este mundo nuevo dió la muerte á

Francisco I. Toda la fortuna de Carlos V pesó sobre el destino del monarca francés. Importunado hasta en sus últimos días por las rivalidades de sus damas y las de su hijo, Francisco I murió como un cristiano que reconocía su fragilidad; Carlos V, como un ambicioso, se revistió del hábito y del ataúd, despechado de no haber podido adornarse con la usurpación del mundo. Las debilidades del monarca español no fueron aparentes como las del monarca francés, cuya galantería era tan brillante como su valor. Un incesto misterioso, que en la oscuridad de un claustro dió nacimiento á un héroe, se achacó á Carlos V; sus desórdenes tenían algo de grave, de secreto y de profundo como él.

Hay épocas en que la sociedad se remueve, en que catástrofes imprevistas, casualidades dichosas ó desgraciadas, ó descubrimientos inesperados determinan un cambio preparado desde mucho tiempo en el gobierno: las leyes, las costumbres y las ideas. Esta revolución, que parece súbita, no es otra cosa más que el trabajo continuo de la civilización creciente y el resultado de la marcha de esta civilización hácia la perfección necesaria, eficiente y aneja á la naturaleza humana. En las revoluciones, incluso las retrógradas en apariencia, existe un paso real, una luz adquirida para el conocimiento de una verdad. Las consecuencias no se dejan sentir inmediatamente como resultado del principio que las produce: hasta después de cincuenta años no se echan de ver las transformaciones operadas en los pueblos por acontecimientos que ya cuentan medio siglo de antigüedad.

Así, cuando Francisco I ascendió al trono, el descubrimiento de la América, la toma de Constantinopla por los turcos, la invención de la imprenta, todas estas cosas que habían precedido al reinado de este rey, comenzaron á obrar, extendiendo el dominio del hombre físico y moral. Mares desconocidos que amansar y nuevos mundos que explorar, ofrecían objetos dignos de sus esfuerzos al espíritu caballeresco y religioso que reinaba todavía, á las letras, á las ciencias y á las artes que renacían, á los gobiernos y al comercio que buscaban nuevos manantiales de poder y de riquezas. La imprenta parecía haber aparecido expresamente para multiplicarse y propagar los tesoros que los griegos, arrojados de su patria, habían llevado al Occidente. Las correrías transalpinas de Carlos VIII y de Luis XII habían trasmitido á los galos aquel gusto de elegancia de la vida, perdido hacía mucho tiempo. Milan, Florencia y Siena vieron reaparecer aquellos nombres bastante bien conocidos en tiempo de la conquista de los normandos y de Carlos de Anjou. Los La Palice, los Nemours, los Lautrec y los Vieilleville no encontraron ya como sus padres una tierra bárbara, sino una tierra clásica en que el genio de Augusto había renacido, en que, como los antiguos romanos, endulzaron sus rudas virtudes á la voz de las artes traídas segunda vez de la Grecia. Cuando Bayardo adquiría un alto renombre por sus proezas, era en medio de la Italia moderna, de la Italia en toda la frescura de la civilización renovada; era en medio de aquellos palacios edificadas por Bramante, Miguel-Angel y Paladio, de aquellos palacios cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros recientemente producidos por las manos de los más grandes maestros; era la época en que se desenterraban las estatuas y los monumentos de la antigüedad, entre tanto que los Gonzalo de Córdoba, los Trivulce, los Pescara, los Strozzi combatían; que los artistas se hacían justicia de sus rivales con el puñal; que las aventuras de Romeo y de Julieta se contaban entre todas las familias, y el Ariosto y el Taso estaban cantando aquel espíritu caballeresco de que Bayardo era el último modelo.

Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII mezclaron los pueblos y multiplicaron las ideas. Los ejércitos regulares, conocidos en Europa desde el fin del reinado de Carlos VII, hicieron desaparecer los restos de las milicias feudales. Los bravos de todos los países se encontraron en estas tropas disciplinadas: Bayardo pudo batirse con los hijos de Pizarro y de Hernán Cortés, que habían visto caer los imperios del Perú y de Méjico. Los infieles que los caballeros iban á buscar con San Luis al fondo de la Palestina, señores de Constantinopla y después nuestros aliados, intervenían en la política: su príncipe enviaba el renegado griego Barbaroja á combatir por el papa y por el rey cristianísimo á las costas de Provenza.

Todo cambió en Francia; hasta los vestidos se alteraron, y se hizo de las antiguas y de las nuevas costumbres una mezcla singular. La lengua naciente se escribió con energía, finura y sencillez por la hermana de Francisco I, la reina de Navarra, y por el mismo rey de Francia, que hacía versos tan buenos como Marot; por Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de varias memorias. El estudio de los clásicos, el de las leyes romanas, la erudición general, fue profesado con ardor; las artes adquirieron una perfección tal, que no se ha sobrepujado posteriormente en Francia. La pintura, brillante en Italia, fue transplantada á los bosques, y nuestros castillos góticos franceses, vieron sus torrecillas y sus almenas coronarse de los órdenes de la Grecia. Anne de Montmorency, que era devoto, adornaba á Ecomen de obras maestras; Primatice embelleció á Fontainebleau; Francisco I, que se hacía armar caballero como en tiempo de Ricardo Corazón de León, asistía á la muerte de Leonardo de Vinci, y recibía el último suspiro de este grande pintor; y después de todo esto el condestable de Borbon, cuyos soldados, como los de Alarico, se preparaban á saquear á Roma; aquel condestable que debía morir de un cañonazo, quizá disparado por Benevento Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder, la vida y las costumbres de un antiguo gran vasallo de la corona.

Francisco I no fue un grande hombre, pero sin embargo aun conserva el sobrenombre de *gran rey*; este padre de las letras, que quiso romper todas las presas de su reino; atrajo las mujeres á la corte. Esta corte letrada, galante y militar, mezclaba los hechos de armas con las aventuras de amores. Entonces tuvo origen el reinado de aquellas favoritas, que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía. De todas sus damas, una sola, Inés Sorel, ha sido útil al príncipe y á la patria.

Una aventura, tomada entre mil, bastará para dar á conocer la alta sociedad bajo Francisco I. Brantome, que con talento de diverso género imita frecuentemente á Froissart, será el que nos la referirá perfectamente. «He oído contar, con referencia al tiempo de Francisco I, una anecdota relativa á cierto hermoso escudero llamado Gruffy, que era de la escudaría del dicho rey, y murió en Nápoles en el viaje de M. de Lantree, y á una elevada dama de la corte, que fue muy enamorada. El escudero era tan bello, que no se le llamaba ordinariamente más que el hermoso Gruffy; y en efecto he visto su retrato que así le representa.

«La dama le dirigió en cierta ocasión uno de sus seridos de confianza con un mensaje, en que le decía que una bella y honesta señora estaba apasionada de él, y que apreciaría su correspondencia más que la de ningún cortesano; pero que no quería, por todo cuanto vale el mundo, que la viese ni conociese; que á la hora de acostarse, y cuando todos los de la corte se hubiesen retirado, le iría á buscar y conduciría á cierto lugar, desde donde el mensajero le conduciría á casa de aquella dama; con

«la condición precisa de vendarle los ojos con un bonito pañuelo blanco, á la manera de un trompeta parlamentario que entra en ciudad enemiga, á fin de que no pudiera ver ni reconocer el lugar ni el aposento en donde se verificaría la entrevista; que se le tendían las manos continuamente sujetas para que no pudiese desembarazarse de la venda, porque así era la orden de su señora, que no quería ser conocida de él hasta algún tiempo después cierto y prefijado que le dijo y prometió.... Partió el mensajero después de esta conferencia con Gruffy, quedando este pensativo sobre si sería alguna treta de algún enemigo suyo de la corte; pero como hombre joven y deseoso de aventuras, no dejaba de interesar su curiosidad el pensar qué clase de dama sería, si sería alta ó mediana, ó pequeña, hermosa ó fea. Después de conferenciar con un amigo, determinó correr el riesgo, considerando que por el amor de una gran señora, que presumía fuese, no debía manifestarse con cobardía. Al día siguiente, cuando el rey, la reina, las damas y todos los de la corte se habían retirado para acostarse, no dejó de encontrarse en el lugar que le había designado el mensajero, quien no tardó en venir á la cita. Al punto que le vio solo, le dijo: *Vamos, señor, la dama os espera*. Con los ojos vendados fue conducido por lugares estrechos, oscuros y desconocidos; después entró en el dormitorio oscuro y sombrío de la dama, para que no pudiera ver ni conocer.

«Le hizo esperar alguna cosa buena lo perfumado de la habitación, y bien pronto fue llevado por la mano, después de haberse despojado de la venda, á un lecho donde se le aguardaba.

«Al día siguiente, al rayar el día, no faltó el mensajero á despertarle, vestirle y vendarle, para conducirle al mismo lugar donde le había citado; y en la despedida solo le dijo: Adios, hasta la vuelta, que será bien pronto.

«El hermoso Gruffy, después de haber dado mil veces las gracias, le dijo adios, y le aseguró que estaría siempre pronto á volver, lo cual hizo efectivamente, porque la fiesta duró un mes, al cabo del cual, tuvo Gruffy que partir para su viaje á Nápoles. Se puso á las órdenes de su dama, y la dió un adios lleno de sentimiento, sin que pudiera sacar en ocasión alguna una palabra de su boca; percibía sus suspiros, y las lágrimas que corrían por sus mejillas; pero partió sin conocerla y sin tener indicio alguno que pudiera en lo sucesivo dársela á conocer.»

En medio de aquellas costumbres licenciosas, frívolas, es preciso dar su lugar á la reforma. Esta tenía la pretensión de reproducir el primer cristianismo entre los cristianos viejos, así como Francisco I quería resucitar la caballería en los portadores de los mosquetes y arcabuces.

La reforma es el acontecimiento más importante de aquella época; abre los siglos modernos, y los separa del siglo indeterminado que siguió á la desaparición de la edad media.

Hasta entonces se habían visto frecuentemente herejías en la Iglesia Latina, pero poco durables, y no habían alterado nunca el orden político. El protestantismo fue desde su origen un asunto de Estado. Las metamorfosis ejecutadas en las leyes y en las costumbres debían necesariamente acarrear mudanzas en la religión; era imposible que el exterior del edificio cambiase, sin que las bases mismas de este edificio no fuesen conmovidas.

La reforma despertó las ideas de la antigua igualdad, y condujo al hombre á inquirir, buscar y aprender. Esto fue, hablando con propiedad, la verdad filosófica que revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa. La reforma sirvió poderosamente para transformar una sociedad completamente militar en una sociedad civil é industrial: este bien es in-

menso, pero tambien vino involucrado con mucho mal y la imparcialidad histórica no permite callarlo.

El cristianismo empezó en los hombres por las clases plebeyas, pobres á ignorantes. Jesucristo llamó los pequeños, y estos se acercaron á su Maestro. La fe subió poco á poco á las altas categorías sociales, y se apoderó, en fin, del trono imperial. El cristianismo era entonces católico ó universal; la religión llamada católica partía de abajo para llegar á las eminencias sociales. Hemos visto que el papado no era mas que el tribunal de los pueblos cuando llegó la edad política del cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto; se introdujo por la cabeza del cuerpo político, por los príncipes y los nobles, por los sacerdotes y los magistrados, por los sabios y las gentes de letras, y descendió lentamente á las condiciones inferiores; las huellas de estos dos orígenes han permanecido distintas en las dos comuniones.

La comunión reformada no ha sido nunca tan popular como el culto católico; siendo aquella de raza principal y patricia, no simpatiza con el vulgo. Equitativo y moral, el protestantismo es exacto en sus deberes; pero su bondad pertenece mas al dominio de la razón que al de la ternura: viste al desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, pero no vive y no llora con ella en sus abyectas moradas; alivia el infortunio, pero no participa de él. El monje y el cura son los compañeros del pobre; pobres como él, tienen por compañeras las entrañas de Jesucristo; los harapos, la paja, las llagas; los calabozos no les inspiran ni disgustos ni repugnancia; la caridad ha derramado perfumes sobre la indigencia y la desgracia. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron á Jesucristo resucitado; bendice el cuerpo del pobre que ha espirado, como el despojo sagrado de un ser amado de Dios y resucitado en la vida eterna. El pastor protestante abandona al necesitado en su lecho de muerte; para él las tumbas no son una religión, porque no cree en estos lugares expiatorios donde las oraciones de un amigo llegan á libertar una alma que padece: en este mundo no se precipita en medio del fuego, de la peste y guarda para su familia particular aquellos cuidados afectuosos, que el sacerdote de Roma prodiga á la gran familia humana.

Bajo el aspecto religioso, la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la ausencia completa de la fe: la razón no es mas que la independencia del espíritu tocando en dos abismos, la duda ó la incredulidad.

La reforma, por una reacción natural, resucitó al mostrarse al mundo el fanatismo católico que se extinguía. Podía ser acusada de haber sido la causa indirecta de los horrores de la jornada de San Bartolomé, de los furiosos de la liga, del asesinato de Enrique IV, de las matanzas de Irlanda, de la revocación del edicto de Nantes y de las dragonadas. El protestantismo gritaba contra la intolerancia de Roma, degollando los católicos en Francia, arrojando al viento las cenizas de los muertos, encendiendo las hogueras de Sirven en Ginebra, denigrándose con las violencias de Munster, dictando las leyes atroces que abrumbaban á los irlandeses, y que apenas han conseguido hoy librarse de ellas, después de dos siglos de opresión. ¿Qué pretendía la reforma relativamente al dogma y la disciplina. Creía razonar bien negando algunos misterios de la fe católica, al mismo tiempo que retenía otros no menos difíciles de comprender. Atacaba los abusos de la corte de Roma. ¿Pero estos abusos no serían destruidos por los progresos de la civilización? ¿No se revelaban de todas partes y desde tiempos lejanos, contra este abuso? ¿Erasmus, Rabelais y otros muchos, no comenzaron á notar y hacer sentir sin el auxilio de Lutero, que los vicios

del poder ilimitado y la grosería de la edad media, habían introducido en la Iglesia? ¿Los reyes no habían sacudido el yugo de los papas? ¿El cisma del siglo IV no había atraído los ojos hasta del vulgo sobre la ambición del gobierno pontificio? ¿Los magistrados no ordenaban rasgar y quemar las bulas?

La reforma, penetrada del espíritu de su fundador, monge envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de las artes. Estrechando la imaginación y las facultades del hombre, cortó las alas al genio y le arrojó á los pies. La reforma estalló por causa de algunas limosnas destinadas á levantar en el mundo cristiano la basílica de San Pedro: ¿Los griegos hubieran rehusado los auxilios pedidos á su piedad para edificar un templo á Minerva?

Si la reforma en su origen, hubiera obtenido un pleno éxito, habría establecido, á lo menos durante algun tiempo, otra especie de barbarie: tratando de superstición la pompa de los altares, de idolatría, las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, tendía á hacer desaparecer la elevada elocuencia y la sublime poesía, á deteriorar el gusto por el repudio de los modelos, á introducir alguna cosa seca, fría, y recelosa en el espíritu, á sustituir una sociedad afectada y del todo material á una sociedad sencilla y toda intelectual, á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de una operación mental. Estas verdades se confirman por la observación de un hecho.

En las diversas ramas de la religión reformada, esta comunión se ha acercado mas ó menos á lo bello, segun se ha apartado mas ó menos de la religión católica. En Inglaterra, donde la gerarquía eclesiástica se sostiene, las letras tienen su siglo clásico. El luteranismo conserva las chispas de imaginación que pretende extinguir el calvinismo, y así sucesivamente va descendiendo hasta el cuáquero, que quisiera reducir la vida social á la tosquedad de los modales y á la práctica de los oficios mecánicos.

Shakespeare, segun todas las probabilidades, era católico. Milton, visiblemente ha imitado algunos pasajes de los poemas de Santa Avita y de Masenio; Klopstok ha adoptado la mayor parte de las creencias romanas. En muchos dias, en Alemania, no se manifiesta la alta imaginación mas que cuando el espíritu del protestantismo se debilita y desnaturaliza: Goethe y Schiller han desarrollado su número al tratar asuntos católicos: Rousseau y madama Stael son una excepción de la regla; ¿pero eran ellos protestantes á la manera de los primeros discípulos del Calvino? A Roma es adonde los pintores, los arquitectos y los escultores de los cultos disidentes van hoy á buscar inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger. La Europa, ¿qué digo? el mundo está cubierto de monumentos de la religión católica. A ella se debe esta arquitectura gótica que rivaliza en detalles, y que borra por su grandeza, los monumentos de la Grecia. Tres siglos hace que el protestantismo ha nacido; es poderoso en Inglaterra, en Alemania y en América; se practica por millones de hombres: ¿qué ha hecho? Os manifestará ruinas, entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de las edades, á la antigua sabiduría de los viejos, el protestantismo se separó de lo pasado para plantar una sociedad sin raíces. Reconociendo por padre á un monge alemán del siglo XVI, el reformado renuncia á la magnífica genealogía, que el católico hace subir por una continuación de santos y de hombres grandes hasta Jesucristo; de aquí hasta los patriarcas y hasta la cuna del universo. El siglo protestante niega desde su primera hora todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo del otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la so-

ciudad cuando no era ni aun preciso defenderla.

Si la reforma coartaba el genio en la elocuencia, la poesía y las artes, comprimía asimismo los grandes corazones en la guerra; pues el heroísmo es la imaginación en el orden militar. El catolicismo había producido los caballeros, el protestantismo hizo capitanes, bravos y virtuosos como Lanoue, pero sin brillo, y frecuentemente crueles á sangre fría, y menos austeros de costumbres que de espíritu: los Châtillon siempre fueron eclipsados por los Guisa. El solo guerrero de movimiento y de vida que los protestantes contaron entre sí, Enrique IV, se les escapó. La reforma bosqueja á un Gustavo Adolfo, á un Carlos XII y á un Federico; pero no hubiera creado á Bonaparte, como abortó á Tillotson y al ministro Claudio, y ni amamantó á Fenelon y á Bossuet, como educó á Luigi Jones y Webb, ni tampoco dió vida á Rafael y Miguel Angel.

Se ha dicho que el protestantismo había sido favorable á la libertad política, y había emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Cierto es que en su nacimiento la reforma fue republicana, pero en sentido aristocrático, porque sus primeros discípulos fueron gentiles hombres. Los calvinistas soñaron en una especie de gobierno de principados federales, que los hubiera asimilado al imperio germánico; ¿cosa extraña! se hubiera visto renacer el feudalismo del protestantismo. Los nobles se precipitaron por instinto en este culto nuevo, al través del cual se exhalaba hasta ellos una especie de reminiscencia de su poder desvanecido. Pero pasado este primer fervor, los pueblos no adquirieron del protestantismo ninguna libertad política.

Diríjese la vista al Norte de Europa, á los países donde nació la reforma ó donde aun se mantiene, y por todas partes se verá la voluntad de un señor: la Suecia, la Prusia, la Sajonia permanecen aun hoy bajo la monarquía absoluta; la Dinamarca vino á ser un despotismo legal. El culto protestante no tuvo lugar en los países republicanos; no pudo invadir á Génova y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una pequeña Iglesia secreta que dejó pronto de existir: las artes y el bello sol del Mediodía le eran mortales. En Suiza no tuvo éxito mas que en los cantones aristocráticos, análogos á su naturaleza, y aun con una gran efusión de sangre. Los cantones populares ó democráticos, Schwitz, Uri y Underswald, cuna de la libertad helvética, lo rechazaron. En Inglaterra no ha sido el vehículo de la constitución, formada mucho antes del siglo XVI en el seno de la fe católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de la corte de Roma, el Parlamento ya había formulado sus leyes y depuesto soberanos; los tres poderes eran distintos; las contribuciones y el ejército, no se imponían sino de consentimiento de los Lores y de los Comunes; se había organizado la monarquía y progresaba; el tiempo, la civilización, las luces crecientes, le hubieran añadido los resortes que le faltaban, lo mismo bajo la influencia del culto católico, como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de obtener una extensión en sus libertades por el cambio de la religión de sus padres, que por el contrario, jamás el senado de Tiberio llegó á ser tan vil como el parlamento de Enrique VIII; este parlamento llegó hasta proclamar que la sola voluntad del tirano fundador de la Iglesia Anglicana tenía fuerza de ley. ¿La Inglaterra fue mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? La verdad es que el protestantismo no ha cambiado nada en las instituciones: allí donde ha encontrado una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y en Suiza las ha adoptado: allí donde ha encontrado gobiernos militares, como en el Norte de Europa, se ha acomodado á ellos, y los ha hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república

popular de los Estados Unidos, no han debido su emancipación al protestantismo; no son las guerras religiosas las que las han libertado; se han sublevado contra la opresión de la madre patria protestante como ellos. El Maryland, Estado católico y poco poblado, hizo causa comun con los otros Estados, y en el día la mayor parte de los Estados de Oeste son católicos; los progresos de esta comunión en este país de libertad cambian el dominio de cualquiera creencia, porque se rejuvenece allí en su elemento natural popular, mientras que las otras comuniones mueren en una indiferencia profunda. Finalmente, después de esta gran república de las colonias inglesas protestantes, se fundaron las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas; pero tambien es cierto que estas, para llegar á la independencia, han tenido muchos mas obstáculos que superar, que las colonias anglo-americanas, educadas en el gobierno representativo, antes de haber roto el débil lazo que las unia al seno maternal.

Una sola república se ha formado con el auxilio del protestantismo, la república de Holanda; pero es preciso tener presente que la Holanda pertenecía á aquellos municipios industriales de los Países-Bajos que, durante mas de cuatro siglos lucharon por sacudir el yugo de sus príncipes, y se administraron en forma de repúblicas municipales, y que todas eran celosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria, no pudieron ahogar en Bélgica este espíritu de independencia; y hoy día mismo son los sacerdotes católicos los que contribuyen á sostenerla en el estado republicano.

Es preciso deducir de la íntima investigación de los hechos, que el protestantismo no ha libertado á los pueblos: ha traído á los hombres la libertad filosófica, no la libertad política, porque la primera libertad no ha conquistado en ninguna parte la segunda, sino es en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿Cómo es que Alemania, muy filosófica por su naturaleza, y armada del protestantismo, no ha dado un paso hácia la libertad política en el siglo XIX, mientras que la Francia, muy poco filosófica por temperamento, y bajo el yugo del catolicismo, ha conquistado en el mismo siglo todas sus libertades?

Descartes, fundador de la duda razonada, autor del Método y de las Meditaciones, destructor del dogmatismo escolástico, Descartes, que sostenía que para llegar á la verdad era preciso deshacerse de todas las opiniones recibidas; Descartes, fue tolerado en Roma, pensionado por el cardenal Mazarino, y perseguido por los teólogos de Holanda.

El hombre de teoría desprecia soberanamente la práctica: juzgando desde la altura de su doctrina las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, llevando el atrevimiento de sus observaciones hasta los misterios de la naturaleza divina, se siente y se cree independiente, porque no tiene mas que el cuerpo encadenado. Pensarlo todo y no hacer nada, es á la vez el carácter y la virtud del genio filosófico: este genio desea la dicha del género humano; el espectáculo de la libertad le encanta, pero poco le importa contemplarlo al través de las rejas de una prisión como Sócrates. El protestantismo ha ayudado á las concepciones del espíritu; pero desgraciadamente las inteligencias que ha dado á la luz del día hasta el presente, no han sido mas que unas bellas esclavas.

Ademas, la mayor parte de estas reflexiones sobre la religión reformada, no se deben aplicar sino al pasado; en el día los protestantes, así como los católicos, no son lo que han sido; los primeros han ganado en imaginación, en poesía, en elocuencia, en razón, en libertad, en verdadera piedad, lo que los segundos han perdido. Las antipatías entre las diversas comuniones no existen; los hijos de Cristo,

de cualquiera línea que provengan, se han abrazado al pie del Calvario, tronco común de la familia. Los desórdenes y la ambición de la corte romana han cesado; no queda al Vaticano mas que la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes, y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á reorganizar la unidad católica; con algunas concesiones de una y de otra parte, el convenio se hacia bien pronto. Vuelvo á decir lo que ya he dicho en esta obra; para un nuevo esplendor, el cristianismo no espera mas que un genio superior venido á su hora y en su lugar. La religion cristiana entra en una nueva era; como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera transformacion; cesa de ser política; llega á ser filosófica sin dejar de ser divina; su círculo flexible se extiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz presenta siempre su centro inmóvil.

HENRIQUE II.

(Desde el 1547 al 1559).

Los doce años del reinado de Enrique II, no fueron otra cosa mas que la escena que precedió á aquella sociedad nueva formada bajo los últimos Valois, y que no se parece ya á la sociedad iniciada bajo Luis XI, y acabada bajo Francisco I. Como acontecimientos son notables; la batalla de San Quintin, perdida por el mariscal Saint-Andre; el abandono del sitio de Metz, defendido por el duque de Guisa; la toma de Thionville y de Calais por este mismo príncipe, lo que dió fin á las conquistas de Eduardo III, y constituyó las fronteras militares de Francia y la liga, para la defensa de la libertad germánica entre Enrique II, el elector de Sajonia y el marqués de Brandebourg. La paz de Chateau-Cambresis, obra del condestable de Montmorency, hizo perder á Enrique II las ventajas que volvia á adquirir sobre las armas españolas.

Los demás acontecimientos son: el casamiento de Juana de Albert, heredera de Navarra, con Antonio de Borbon, padre de Enrique IV; el matrimonio de María Estuardo con Francisco, Delfin; el advenimiento al trono de Inglaterra de María, la cual restableció un momento la religion católica, y dejó la corona á otra mujer, la famosa Isabel; y por último, la abdicacion y muerte de Carlos V.

En el interior de la Francia, la persecucion contra los reformados se extendió y se regularizó por intervencion de la ley; el edicto de Ecouen los castigó de muerte con prohibicion de aminorar la pena. Enrique II hizo prender (1559) cinco consejeros del parlamento de París, acusados de fautores de herejía; entre estos consejeros se encontraban Luis Faure y Anne Dubourg, que osaron vituperar á Enrique sus adulterios, atacar los vicios de la corte de Roma, y anunciar que el poder de las llaves declinaba hácia su ruina. El tormento llamado *bautismo de fuego*, consistia en suspender al atormentado sobre una hoguera y bajarlo y subirlo diferentes veces sobre la llama: Enrique II y Diana de Poitiers asistieron al espectáculo de este suplicio como por pasatiempo. El almirante de Coligni empezaba á figurar, las tres facciones de Montmorency, de Chatillon y de Guisa, se iban organizando. Entonces, que el espíritu humano tenia un instrumento para multiplicar la palabra y difundir el pensamiento en las masas; cuando todo se penetraba de luz y de inteligencia, la monarquía, pronta á vencer las últimas prerogativas aristocráticas, se entregaba á todos los abusos, y á todos los vicios, posicion anticipada del poder absoluto.

FRANCISCO II.

(Desde el 1559 al 1560).

El reinado de Francisco II, de Carlos IX, de Enrique III, y una parte del reinado de Enrique IV, hasta la rendicion de París, no forman mas que un solo drama, cuyas principales figuras son: en las mujeres: Catalina de Médicis, Margarita de Valois, María Estuardo, Juana de Albert, la duquesa de Nemours, madama de Montpensier, madama de Aumale, madama de Noirmontiers, Gabriela de Estrées, y algunas otras; en los hombres, entre los príncipes, los prelados y los guerreros, los dos primeros Guisas, Francisco de Guisa y el cardenal Lorraine; la segunda generacion de los Guisas, Enrique llamado el Acuchillado (*Balafré*), el cardenal de Guisa y el duque de Mayenne, el duque de Nemours, el condestable Anne de Montmorency, el almirante de Coligni, y los Châtillon; los príncipes de la familia real, Antonio, rey de Navarra, su hijo Enrique de Bearn, y los dos príncipes de Condé; entre los magistrados, L'Hopital, el primer Molé, Harlay, Brisson y de Thou.

En el segundo plano del cuadro, los personajes son: los hijos de honor de Catalina de Médicis, los donceles de Enrique III y de su hermano el duque de Alençon, los satélites de Guisa, Maugiron, Saint-Mesgrin, Joyense, D'Espéron, Bussy, los grandes asesinos de la jornada de S. Bartolomé, Maurevert, Besme, Coconas, Tomas, el perfumista de Catalina de Médicis, sin olvidar á Poltrot, Jacobo Clemente, y en fin Ravallac, que cerró mas tarde la lista de estos asesinos.

No deben ser olvidados los sabios y literatos en esta escena, porque cada uno representó un papel segun la religion que profesaba: Juan de Bellay, cardenal; Melanchthon Beauvais, gobernador de Enrique IV; Juan Calvino, Carlos Estévan, Estévan Jodelle, Carlos Dumoulin, Enrique D'Oysel, Pedro Ramus, Tillet, Belleforest, Juan de Montluc, obispo de Valencia; Fibrac, Ronsard, Saint-Gelais, Amyot, Bodin, Charron, Cujas, Fauchet, Garnier, Hailant, Lipse, de Mesme, Miron, Montaigne, Nicot, D'Ossat, Passeras, Piton, Scaliger, y de Serres. Entonces el Taso cantaba á la Italia las glorias de los antiguos caballeros, á que Cervantes iba á dar una especie de inmortalidad en España; Camoëns cantaba nuevos descubrimientos en las regiones de Oriente; el genio de la edad media, aparecía en la tierra con el Dante, y descendía á la tumba con Shakespeare; Tico Brahe, abandonando completamente el verdadero sistema del mundo desenvuelto por Copérnico, adquiría el título de restaurador de la astronomía en aquellas regiones de que los romanos no habian oido hablar mas que como de la patria desconocida de los bárbaros destructores de su Imperio.

En los tronos extranjeros los personajes dignos de nota eran Sisto V, Isabel y Felipe II. De los cuatro reyes que gobernaron la Francia en aquellas revueltas, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV, el primero no es célebre mas que por la belleza é infortunios de su viuda, aquella María Estuardo que transmitió á su hijo un nombre funesto y una sangre de cadalso.

El gobierno bajo Francisco II cayó en manos de los tíos maternos de este jóven monarca, Francisco de Guisa y el cardenal Lorraine. El cardenal tenia relaciones íntimas con Catalina de Médicis: «Un amigo mio no hugonote, dijo l'Estoile, me ha contado que estando acostado con un ayuda de cámara del cardenal, en un aposento por donde se pasaba al de la reina madre, vió á eso de la media noche

»al dicho cardenal con el traje de dormir sobre sus espaldas, que pasaba para ir á ver á la reina: el amigo le dijo, que si llegaba alguna vez á hablar acerca de lo que habia visto, perdería la vida.»

El condestable de Montmorency y la duquesa de Valentinois vieron desaparecer su prestigio. Antonio de Borbon y el cardenal su hermano fueron enviados á España bajo el pretexto de conducir allí á Isabel de Francia á Felipe II. La conspiracion de Amboise contra los Guisa estalló, siendo secretamente dirigida por el príncipe de Condé.

Se promulgó el edicto de Romorantin, por el cual los obispos quedaron investidos del conocimiento del crimen de herejía. L'Hopital fue desgraciadamente el autor de este edicto; pero no le redactó mas que para impedir el establecimiento de la Inquisicion.

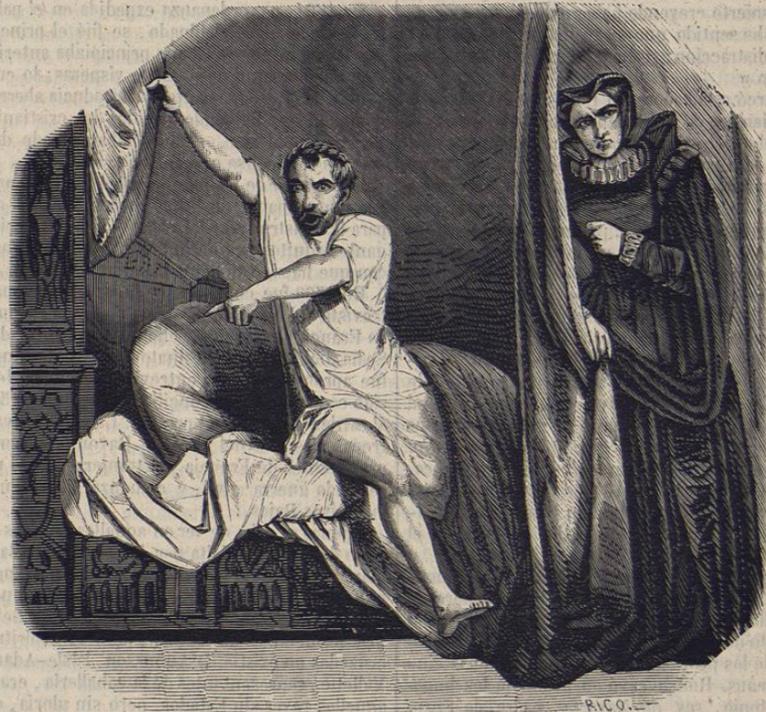
Se verificó la convocacion de los estados de Orleans, adonde fueron citados el rey de Navarra y el

príncipe de Condé; el príncipe de Condé fue arrestado como gefe de una conspiracion nueva, á consecuencia de lo cual fue juzgado y condenado á perder la cabeza, de cuya sentencia se libró por muerte de Francisco II (1559, 1560).

CARLOS IX.

(Desde el 1560 al 1574).

Los estados de Orleans de 1560 quisieron separarse á la muerte del rey, diciendo que sus poderes habian concluido; pero fueron retenidos con arreglo al principio de que el rey muerto hace aparecer al rey vivo; es decir, que la autoridad real no perece. Hicieron la ordenanza sobre materias eclesiásticas, el reglamento de justicia y las sustituciones reducidas á los grados. Las ordenanzas ó decretos de los estados li-



TERRORS DE CARLOS IX.

garon tan poco la autoridad real, que Carlos IX revocó por su declaracion de Chartres (1562) el artículo 1.º de la ordenanza de Orleans, que restablecía la pragmática.

Catalina de Médicis, sin ser regente del reino bajo la minoría de Carlos IX, gozó de una autoridad que se prolongó durante el reinado de este príncipe y el de Enrique III. Tantas veces se ha pintado el carácter de esta mujer, que no presenta mas que un lugar común muy gastado: una cosa sola es de notar; Catalina era italiana, hija de una familia comerciante, elevada al principado en una república; estaba acostumbrada á las tormentas populares, á las facciones, á las intrigas, á los envenenamientos y á las puñaladas: no tenia ni podía haber formado juicio exacto de la aristocracia ni de la monarquía francesa. Le era desconocida aquella gravedad por parte de los grandes, aquel desprecio por parte de los pequeños, aquellas pretensiones del derecho divino, aquel amor del poder absoluto, en tanto que era el monopolio de una raza;

no conocia, finalmente, las leyes francesas, y se cuidaba muy poco de conocerlas; queria que la corona pasase á su hija. Era incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo; no tenia en su cualidad de incrédula aversion ninguna hácia los protestantes, y los hacia asesinar por política. En fin, si se la sigue en todos sus pasos, se puede observar que no vió en el vasto reino de que era soberana, mas que una Florencia engrandecida, los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un barrio de su ciudad natal contra otro barrio, y las querellas de los Pazzi y de los Médicis en la lucha de los Guisas y de los Châtillones.

A esta época se refiere el triunvirato del duque de Guisa, del condestable de Montmorency y del mariscal Saint-André. El rey de Navarra dió su apoyo á este triunvirato. Celebróse la conferencia de Poissy, donde el cardenal Lorraine habló en defensa de los católicos, y Teodoro de Beza de los hugonotes. El príncipe de Condé fue absuelto de la conjuracion de